

la bibliografía de López Velarde cierran el prólogo. Preparada con esmero, pues, esta edición de uno de los mayores poetas de México merece la más favorable acogida.

ALLEN W. PHILLIPS,  
*Universidad de Michigan.*

JUAN FELIPE TORUÑO, *Poesía negra*.—Ed. Toledo, México, D. F., 1953.

El autor de *Los desterrados*, Juan Felipe Toruño, nos presenta ahora un Ensayo-Antología de la poesía negra americana. Es preciso advertir, antes, que el motivo de este libro y todo su punto de enfoque está en las siguientes palabras del autor: "... voces que se arraigan en el dolor de una raza, crece en la aventura de la vida y hace —ese dolor— que quien escribe, más que estudiar una forma, investigue el porqué de ella, lo que la anima: de dónde nace y cómo ... Vale decir cómo nace y hacia dónde va ..." Después de anotada esta declaración, claro está que ni podemos exigirle al ensayo un valor crítico ni a la antología una selección guiada por principios estéticos. El autor está tan ensimismado en su tema, que no se aparta de él para verlo en una perspectiva que le consienta reconocer y graduar valores, y darnos al fin en su antología el resultado de sus preferencias y aun tendencias en el campo de la poesía negra. Así que, contrariamente a la función que generalmente tiene el ensayo introductor en trabajos de esta clase, parece que la antología está planeada como comentario y demostración de lo que está expresado en él. Tiene este ensayo ciento ocho páginas distribuidas en capítulos cortos, cada uno de los cuales considera y analiza un diferente aspecto de esta poesía.

Agudo y penetrante en lo que se refiere al análisis del ambiente racial y social en que la poesía negra americana se enraíza y brota, le falta al ensayo, a nuestro juicio, claridad y precisión cuando trata de colocar el tema en el cuadro más amplio de la poesía y de la literatura. Decimos esto porque es el autor mismo el que, a pesar de la declaración anotada arriba, intenta hacer una labor de identificación histórica del problema de la poesía negra.

Esta identificación habría de concretarse al capítulo Poesía-Poetas, en donde el autor traza nada menos que una síntesis de las corrientes poé-

tios desde el modernismo hasta nuestros días, para encontrar en la poesía negra uno de los aspectos o tendencias de la poesía ultramodernista. Pero al mismo tiempo nos presenta la poesía negra en oposición a toda corriente literaria y sobre todo cuando está inspirada por preocupaciones formales. Ahora bien, si esta poesía colectiva o anónima se cultiva por un poeta, claro está que su esfuerzo se dirigirá especialmente a buscar la captación del valor rítmico y "formal", que es la nota distintiva de toda poesía folklórica y popular.

Esto por lo tocante a la corriente popular y racial, dentro de la poesía negra. En lo tocante al aspecto social, el autor nos quiere sobornar afirmando que "no se puede, asimismo, especular tampoco con esta poesía porque sería irrespeto al resumen de la llama, de los horizontes recorridos, de los espacios humanos restringidos". Todo esto presupone una captación integral e indiscutible, por parte del autor, de la poesía negra como tal, es decir, por ser negra y no por ser poesía, pues nunca se preocupa por hacernos entender cómo las aspiraciones, el dolor y las luchas, que forman el substrato de esta producción, se vierten en una verdadera obra de arte.

La parcialidad de Juan Felipe Toruño para con su tema, se manifiesta también en el capítulo dedicado a los antecedentes de la poesía negra en América, en donde, por afición a la polémica se cae en el disparate de decir: "Afirmase por algunos que el estadounidense Phillis Wheatley fué, en el nuevo continente, el precursor de esta poesía... En Cuba, 1880, ya vibraba este ritmo..." cuando la poetisa Phillis Wheatley vivió y dió a conocer su obra en la segunda mitad del siglo XVIII.

Son sin duda más acertadas, a pesar de cierta superficialidad y la poca importancia que confiere a la religiosidad y superstición de la raza, las páginas que el autor dedica a la situación del negro, a su existencia física y humana y a la condición peculiar del mulato en el cruce de lo negro y lo blanco, contrapuestos. Más esquemáticamente que E. Ballagas en su estudio de la poesía negra, Juan Felipe Toruño construye su ensayo y, su consecuencia, su antología, sobre tres líneas directivas: el grito y la protesta social, el golpe rítmico y la jitanjáfora como expresión racial y lo evocativo de la poesía folklórica.

Estos aspectos están bien presentados en la Antología, en la que, además, lo social no se nos da en sus ejemplificaciones más clasistas, sino, justamente, en poemas en que lo social está animado por un legítimo impulso humano; sin embargo, nos encontramos a veces con unos poemas

que aunque constituyen poesía negra por sus temas, no comparten con ella la inspiración poética ni la expresión formal. Versos como los siguientes: "Ya de lascivia los violines / Lloran su pena singular / Mujer-demonio, Venus de Ebano / Negro azahar" en la *Canción de la bailarina negra* de A. Capdevila, y como los del poema *Danza, mulata* del colombiano Jorge Artel: "Alza tus manos ágiles / para apresar el aire, / envuélvete en tu cuerpo / de rugiente deseo, / donde late la queja de las gaitas / bajo el ardor de tu broncea carne", son muestras de un tono postmodernista muy alejado de esas líneas directivas, en las cuales, según lo que dijo el autor mismo, se expresa la poesía negra.

Comparada con la *Antología* y el *Mapa* de Ballagas, la selección de Toruño incluye muchos más poetas y limita al mismo tiempo la presentación de cada uno de ellos a un sólo poema. Este criterio le lleva, por un lado, a la inclusión de voces poéticas que, como tenemos indicado antes, no caben dentro de la órbita de lo negro en su manifestación actual, y por el otro, a renunciar a darnos una visión de conjunto de cada uno de los autores seleccionados. Este es el caso de poetas como M. del Cabral, representado en la antología con *Trópico picapedrero*, que aunque sea típico de su poesía negra no logra darnos una idea completa de su producción en el género; es el caso también de E. Ballagas, de quien Toruño escoge *Canto funeral*, tal vez por el tema que encara, dejando fuera poemas de más valor representativo. El valor de este Ensayo-Antología es el de ofrecernos un cordial y exhaustivo panorama del ambiente humano en que nace y se desarrolla esta poesía negra, a veces injustamente descuidada y aun menospreciada, y por la parte antológica, ponernos al día con este movimiento y su posición frente a la vida y al arte contemporáneos.

Sigue a la *Antología* una bibliografía un poco confusa e insuficiente y cuya ordenación obedece a un criterio que, francamente, se nos escapa.

GINO L. RIZZO

OCTAVIO PAZ, *Anthologie de la Poésie Mexicaine*.—Tr. de Guy Lévis Mano. Les éditions NAGEL, Paris.

El único defecto de esta *Antología* es la "presentación" de M. Paul Claudel que empieza con una afirmación como esta: "La poesie est un